

REFLEXIONES SOBRE LA SEPÚLVEDA ISLÁMICA Y EL DESIERTO
DEL DUERO: EN TORNO A «EL PUENTE DE ALCÁNTARA»,
DE FRANK BAER

ANTONIO LINAGE CONDE
Academia de Arte e Historia de Toledo

Die Brücke von Alcantara, novela histórica de Frank Baer, apareció en 1988¹; en español, *El puente de Alcántara*, en 1991². Baer había nacido en Dresde en 1938. Se educó en Würzburgo. Probablemente su familia había pasado de la zona oriental a la occidental. Terminada la carrera de filología ejerció diversos oficios y vivió algún tiempo en el extranjero. Su primera novela, *Die Magermilchbände* fue llevada al cine. Después el autor trabajó en la Radiotelevisión de Baviera. *La vida es como cruzar un puente. Crúzalo sin detenerte*, es una frase suya muy citada.

Baer, que define su novela como un largo viaje de cinco años al siglo XI, los que le costó escribirla, dice haberse esforzado en ser fiel a la realidad histórica, encajando en ella su argumento de ficción, y añade: «Si en algunos parajes me he desviado de la historia oficial, lo he hecho intencionadamente. Las fuentes a veces permiten distintas lecturas».

Nos precisa que se sirvió de los fondos de la Bayerische Staatsbibliothek de Munich, y que el arabista Paul Gerhard Dannhauer revisó sus capítulos andalusíes.

¹ Publicado por la editorial Albrecht Knaus, de Munich y Hamburgo.

² Publicado por Edhasa en Barcelona. La traducción de José-Antonio Alemany no pasa de aceptable.

Sus fuentes historiográficas principales, un trío con representación de las tres religiones de entonces allí, fueron la parte conservada de la monumental historia de Ibn Hayán (987/8-1076), *Les miracles de Sainte Foy de Conques*, compilación iniciada por el benedictino Bernardo de Angers a partir del año 1013 y continuada por otros monjes de ese monasterio, y el archivo de la sinagoga de Fustat, antiguo El Cairo, que conserva una miscelánea de variopintos textos de los siglos XI y XII, con predominio en sus argumentos de lo cotidiano, preservados allí por la prohibición religiosa de quemar o tirar los papeles que llevarán escrito el nombre de Dios, y dados a conocer por el arabista Solomo Dob Goitein en su obra *A Mediterranean Society*.

La elección de esas obras ha sido pintiparada, en cuanto las tres tienen por argumento real la vida corriente, el verdadero marco de la historia aunque a menudo preterido por la historiografía cuando no sencillamente ausente de ella. En cuanto a los textos caiotas judíos ello se explica por su propia naturaleza y la razón de su conservación, mientras que el historiador árabe elegido tenía preferencia por la historia oral y las encuestas sobre el terreno, espontáneas ante todo y reveladoras de esos mismos ámbitos. Por su parte, los prodigios obrados por Santa Fe tenían por destinatarias gentes en su mayoría sencillas y tuvieron lugar en el marco de las vidas ordinarias de las mismas.

Nos acordamos de los *Episodios nacionales*. La cronología elegida por Galdós para situarlos llega desde treinta y tres años antes de su nacimiento hasta sus últimos días. Ello quiere decir que conoció a espectadores de los primeros. Nos consta que también se documentó en su geografía. Por lo tanto su parte histórica es real, aunque interpretada de determinada manera, menester que por otra parte también compete al historiador. Así las cosas, ¿podemos tenerlos por fuente de la historia? Hay que reconocer que, aun limitándonos a ese marco verídico, su contenido está fácilmente asequible en cualquier obra de síntesis. Sin embargo resultan al historiador muy útiles. Por la elaboración que contienen de esos datos de la realidad hasta llegar a la reconstrucción del marco de la vida de los contemporáneos. Gracias a la imaginación, claro está. Pero, prescindiendo de los avatares de la trama ficticia, tal aplicación imaginativa dentro de ese exclusivo complemento, sería también para el historiador una herramienta pintiparada, y no es raro echar de menos en algunos de ellos su ausencia integral. Hizo muy bien José-María Jover en atenderlos en sus obras historiográficas tan sugestivas como profundas.

LA TRAMA IMAGINATIVA EN LA REALIDAD HISTÓRICA

La novela de que nos ocupamos tiene tres partes, el conjunto desarrollado entre los años 1063, 30 de julio, y 1086, 8 de julio. La primera, *Gran obertura* o

Mussadar, en 1063 y 1064; la segunda, *Qasidab* o *Canción clásica*, en 1070 y 1071; y la tercera, *Barwal* o *Final*, de 1082 a 1086. Los dos interludios, *Tushiya* y *Mshad*, son breves resúmenes de la historia de los períodos que abarcan, o sea 1064 a 1070 y 1071 a 1082. Cada capítulo está datado triplemente, por los calendarios musulmán, cristiano y judío, precisándose el día de la semana.

El que podemos llamar itinerario del argumento, éste de veras itinerante, con idas y venidas, desde Sevilla, recorre Sabugal en el Condado de Guarda, Murcia, Salamanca, Coria, San Cebrián al norte de Zamora, Toulouse, Zaragoza, Barbastro y Río Alcanadre, Guarda, Silves, Braga, Alcántara, Albesa cerca de Lérida, el río Turia, Sepúlveda y Toledo. Además hay episodios retrospectivos en León y Córdoba. Otro es la *Historia de Almodís de la Marche y Ramón Berenguer*. Los altos más prolongados tienen lugar en Sevilla, Murcia, Sabugal y Barbastro³.

Por lo tanto, su geografía cubre a lo ancho todo Al Andalus, y de la España cristiana los estados orientales y occidentales, mientras que la incursión a Toulouse es un necesario asomo a la Europa transpirenaica, que a este lado no dejaba de ser una presencia latente, aunque manifestada de manera menos esplendorosa y acaso algo más críptica que la del Oriente islámico en Al Andalus. A partir del penetrante episodio recoquistador de Barbastro, la insistencia en los territorios norteños del oeste y el centro denota el interés del autor por la España de la repoblación que se estaba gestando, en la cronología elegida coincidente todavía con la España islámica esplendente aunque fragmentada.

El argumento de *El puente de Alcántara* se compone de tres tramas que discurren paralelamente para terminar confluyendo. Ello con idas y venidas también. Empieza el día en que el judío Yunus, *el hijo del Tuerto*, médico de la comunidad palestina de Sevilla, ha enterrado a su mujer. Notemos esta composición de lugar: «El primer almuecín empezó a llamar a oración; sonaba tan débil y lejano que parecía el canto de un pájaro de la noche. Se le sumó un segundo almuecín, ya más cercano, y un tercero, y un cuarto. Las llamadas de los almuecines se superponían, se entremezclaban⁴».

Yunus era de Almería. El matrimonio había adoptado a Nabila y a Sarwa, hijas de su hermano, un agente comercial en Sigilmesa, diez días de viaje al sur de Fez, muerto en el incendio de su casa cuando la ciudad fue devastada por los almora-

³ A propósito de las ciudades episcopales, el XV Congreso Internacional de Arqueología Cristiana de Toledo, el año 2008, ha tomado por argumento *Episcopos, civitas, territorium*.

⁴ P. 171.

vides⁵. Ya viudo, Yusuf adopta a la pequeña Karima, al no poder hacerlo su tío, el abrumado zapatero Al-Fasi, a la muerte de su hermano, el padre de Karima, un encuadernador y fabricante de pergaminos. Yunus sigue asistido por la vieja criada Dada, que había sido su ama. En la consulta le ayuda el joven Zacarías, paisano suyo ávido de ciencia, en exceso ambicioso de ella.

Por mediación de Isaak al-Balia, influyente rabino de Granada, miembro de una embajada de este reino a Sevilla, Yunus visita al obispo de León, Alvito, enfermo a las puertas de la muerte, víctima de su ascetismo. El obispo era parte de una embajada del rey leonés. Trata de conseguir de los mozárabes las reliquias de Santa Justa, y al fin obtiene las de San Isidoro. Yunus acompaña al obispo a su retorno a León, más y más agonizante a lo largo del camino⁶, muriendo dentro de los límites de su diócesis pero antes de llegar a su sede.

Ibn Ammar es un poeta y memorialista de oficio y encargos, caído en desgracia desde las alturas en la corte sevillana de al-Mutadid y refugiado en Murcia⁷

⁵ «En Andalucía somos muy ricos -dice a Yunus un comerciante también judío, Ibn Eli-. /.../ Pero mientras a nosotros nos va tan bien, fuera, a la puerta, hay otros que nos observan llenos de envidia. Están en el norte, recién llegados de las miserables montañas, y en la costa de África, con el desierto a sus espaldas. Están empezando a sacudir nuestra puerta y a trepar por nuestros muros, y de pronto nos hemos dado cuenta de que hemos desatendido los muros y de que los maderos que atrancaban la puerta están rotos y de que nuestros criados son incapaces de defender la casa y la huerta. /.../ ¿Qué debemos hacer, pues? /.../ Arrojar a esos que están tras nuestra puerta unos cuantos mendrugos, /.../ y, entre tanto, ganar tiempo para mejorar los muros y los maderos de la puerta»; p. 83 de la 6ª reimpresión española, 1993.

⁶ «Entonces empezó a enumerar rápidamente y sin relación alguna cuántas misas había celebrado en determinados días, cuántas en cada día de pascua, cuántas en las fiestas menores y cuántas en las fiestas mayores. En un primer momento, Yunus no comprendió adónde quería llegar el obispo, hasta que el capellán más joven le susurró al oído una apresurada explicación: el obispo quiere calcular el número de misas que ha celebrado en toda su vida, todas las misas, el número exacto, ni una menos ni una más. /.../ Era increíble aquella capacidad para recordar cada misa; era como si cada una de las misas que había celebrado desde que recibió las órdenes sacerdotales hubiera dejado una pequeña marca en su memoria. Yunus anotó las cantidades en la sábana del lecho de muerte; sumó las columnas de números, escribió los resultados debajo, volvió a sumar, añadió los días intercalados y llegó al resultado final de veinte mil trescientas misas»; p. 219.

⁷ «A un hombre que conocía Córdoba y Sevilla, Murcia debía parecerle una ciudad más bien pequeña. No más de quince mil habitantes, toscamente calculados según el número de hombres que llenaban la mezquita cada viernes. Pero era una ciudad de enorme riqueza, cosa que se ponía de manifiesto no sólo en la magnificencia de los edificios públicos, sino sobre todo, en el lujo que los ciudadanos adinerados exhibían en sus casas particulares. La terraza en la que estaban sentados era un ejemplo de ello. De espaldas al al-Qasr, a la sombra de una alta muralla, flanqueada por las alas

anónimamente, temeroso de ser alcanzado por las iras de aquel soberano. Un magnate, el comerciante en paños Ibn Mundhir⁸, es su cliente habitual, hasta casi hacer parte de la casa del mismo. Además goza del favor del príncipe primogénito, Hassún ibn Tahir, un pusilámene, el hijo de *La Gallega*, una mujer fuerte inquieta por las probabilidades de que ése no llegue a heredar el trono cual le corresponde. Ibn Ammar tiene amores con Zohra, la mujer del comerciante, que le había visto en Sevilla siendo soltera. Y urde, suplantando de manera casi vodevelisca al príncipe, el engaño preciso para darle un supuesto hijo, calmando así las empecinadas aspiraciones de su madre. La madre del nieto así engendrado de ésta es la princesa de Denia, Fahda Bint Ali ibn Mudjahid. Pero a la muerte de su padre el qu'id, el hermano menor, Muhammad, asesina a Hassún y se hace con el trono.

Ibn Ammar huye a Zaragoza. Aquí, el soberano, Ahmad Abú Djafar ibn Sulaiman ibn Hud al-Muktadir, le envía a Barbastro, a punto de ser atacada por los cruzados francos y el rey de Aragón, para hacer saber a la ciudad que se desentende de su suerte y si quería ayuda había de pedirla a su hermano que gobernaba Lérida, antes perteneciente a la misma taifa zaragozana. Ello salvo que la evolución de las circunstancias permitiera a Barbastro someterse a Zaragoza, en cuyo caso sería objeto de ciertas concesiones forales.

Mientras tanto, una semana después del capítulo inicial sevillano, había tenido lugar un ataque de tres jinetes «pardos», o caballeros villanos, en este caso cuatros, al castillo de Sabugal, fortaleza perteneciente al conde de Guarda. Uno de los hombres del castillo es Lope, el custodio sin descanso del hijo niño del conde,

laterales de la casa y rodeada por una galería finamente tallada, parecía un pequeño jardín de ensueño. El suelo de las superficies libres del interior estaba cubierto por baldosas multicolores. Junto a las columnas de la galería se erguían grandes rosas. Palmeras, pequeños naranjos y adelfas crecían en grandes tiestos revestidos de cobre, y en el centro, sobre un podio enlosado, se levantaba como un trono un diminuto quiosco con un surtidor que arrojaba chorros delgados como briznas de hierba. Hacía el sur podía divisarse un amplio panorama que, pasando sobre el patio interior de la casa, se perdía más allá de los tejados de la ciudad. De día debía de ofrecerse una espléndida vista del valle del Segura, que se abría hacia el mar, así como de las huertas de ambos lados del río»; pp. 55-56.

⁸ «El más grande de sus dos veleros mercantes había atracado en Cartagena hacía tres semanas, procedente de Alejandría. El barco había atravesado sin contratiempos el peligroso estrecho entre Sicilia y la costa africana -entonces assolado por piratas de Pisa y Génova-, y había llegado con un rico cargamento: nuez moscada, azafrán y cardamomo, joyas de jade de China, hierro de la India, ámbar gris, palo de sándalo y alcanfor, índigo y antimonio, esclavos abisinios, algodón egipcio, lino de Tinnis y Dabiq, productos de lujo de todas las partes del mundo, cuyos precios habían subido tanto debido al riesgo que implicaban los piratas cristianos para el comercio naval, que en algunos casos estaban por encima del triple de lo normal»; p. 57.

siendo el mismo Lope todavía entre niño y adolescente. El ataque inicial se redujo a unas flechas que mataron al viejo Aznar, el más veterano de los hombres de la guardia. Pero resultó más sangriento, cuando participó en él otra gente emboscada, la cual cayó de súbito sobre la guarnición entera, perseguidora insensatamente del trío en campo abierto. Lope y el capitán del castillo, encadenados por sus respectivas imprudencias por orden del conde, consiguen huir y se dirigen al oeste. El citado obispo de León, les tomó a su servicio durante su embajada.

Luego hacen parte de las tropas que cercan Barbastro, concretamente enroladas en las del normando Robert Crespin, vasallo del obispo de Roma. Allí no solamente está Ibn Ammar, sino también Yunus, convertido en médico militar a la fuerza⁹, la ciudad sitiada uno de los azarosos altos en su camino de retorno a casa. En efecto, para evitar ser bautizado, haciéndole pasar por convertido en su agonía por Alvito, Yunus había antes huido hacia Francia con el comerciante Etan ibn Ali. En el monasterio de Conques le tratan de hacer garante de los milagros de Santa Fe. En Toulouse descubre el antisemitismo, con otros judíos encarcelados, vejados y maltratados. El capitán y Lope, que también independizados han pasado los Pirineos, impiden que Yunus sea linchado, después de que, en una ceremonia celebrada en la iglesia, le han hecho pasar, como es tradición con uno de su credo todos los años, las humillaciones y torturas que a Cristo antes de su crucifixión. Su designio es la difícil vuelta a su casa sevillana¹⁰. Mientras tanto, Ibn Ammar había conseguido salir de la ciudad cercada, donde había sido retenido preso. Con Yunus llega a Zaragoza, cuando ya Barbastro, alarmantemente, había caído. Al fin en Sevilla, «al cruzar el umbral de su casa, Yunus juró no volver a viajar nunca más. Nunca más».

⁹ «En este campamento, del que no había esperado nada, había adquirido una experiencia que jamás habría conseguido en su consultorio de Sevilla. /.../ Sólo con el gran número de heridos y las incontables operaciones que había tenido que realizar, había adquirido una gran cantidad de conocimientos nuevos en el ámbito quirúrgico. El primer día había operado aún con manos temblorosas, sintiéndose tan inseguro y temeroso como un estudiante. Pero con los días había ido ganando confianza, cada nuevo caso había incrementado su talento. /.../ Muchas cosas las había aprendido a costa de sus pacientes, y lo único que tranquilizaba su conciencia era el hecho de que, aparte de él, no había ni un solo médico con estudios capaz de librarlo de esa responsabilidad»; pp. 309-310.

¹⁰ «Cuando salieron del establecimiento de baños, Yunus llevó la conversación al tema que le venía preocupando desde hacía algunos días, el viaje de regreso a Sevilla. Había hecho algunas averiguaciones. Dos días después del sabbat partía un transporte de armas hacia Medinaceli, y algunos comerciantes residentes en Toledo querían unírsele. Si aprovechaban esa oportunidad y con la ayuda de Dios, podían estar en Sevilla en tres semanas. La nostalgia que sentía Yunus se hacía tan intensa ante esta idea, que le dolía»; p. 358.

Ibn Ammar, después de brillar en la corte de Zaragoza, vuelve a Sevilla, donde su antiguo señor ha sucedido como soberano a su padre muerto, tomando el nombre de al-Mutamid. Éste le da a elegir entre cualquier cargo, y él opta por el de gobernador de Silves. Mientras tanto Lope, en las tierras ultrapirenaicas donde se podía vivir de la caza, estuvo luego algún tiempo al servicio del conde de Foix. Después volvió a su tierra. Habían pasado seis años¹¹, pero llegó a tiempo de recuperar su antiguo menester junto al hijo del conde, en el castillo de Guarda. Con otros condes insumisos del Duero, el de Guarda fue derrotado por el rey García de Galicia¹². El conde, con otros mercenarios suyos, mandó a Lope a servir al soberano de Sevilla, que trataba de adueñarse de Córdoba, pero sobre todo para que llevase allí a su hijo, librándole así de ser rehén del monarca victorioso. Habían de pasar por Alcántara. El conde encargó a Lope que pidiera escolta al emir de Mérida, y desconfiara del señor de Badajoz, quien al fin consiguió atacar a la comitiva. Así fue a parar Lope al consultorio sevillano de Yunus, impresionándose mutuamente él y Karima. Allí Ibn Ammar ya era *habdij* y Yunus gozaba como médico de la confianza del soberano.

Karima, aun enamorada de Lope, consiente en casarse con Zacarías. Ibn Ammar envía a Lope al norte, alarmado por las guerras entre los hijos de Fernando I. Lope rescata al príncipe Ramiro, hijo del rey García. Alfonso VI le encierra con este mismo monarca y otros hombres de su confianza en la fortaleza de Luna.

Ibn Ammar se empeña en conseguir la hegemonía sevillana sobre las taifas vecinas de Córdoba y Murcia. Alcalá la Real juega un papel notable en esas incidencias.

¹¹ Así se ve la coyuntura histórica en el mediodía: «Ese mismo día partió hacia Zaragoza Isaak ibn al-Balia. Ibn Ammar lo había enviado a la corte de Abú'l-Fadl Hasdaj, para que expusiese al *hadjib* del príncipe de Zaragoza un plan que venía cavilando desde hacía mucho tiempo y cuyos perfiles había esbozado en extensas conversaciones con Abú'l-Fadl cuando aún se encontraba en Zaragoza. El plan preveía dividir Andalucía en dos esferas de influencia: una al norte, que abarcaría la cuenca del Ebro, la mayor parte del reino de Toledo y las regiones de la costa mediterránea, hasta Denia; otra al sur, que comprendería Badajoz, Sevilla, Granada, Almería, Murcia y parte de los territorios toledanos hasta el Guadiana. El norte sería dominado por Zaragoza; el sur por Sevilla»; pp. 438-439.

¹² «Tres años atrás, don García había empezado a reclamar esos territorios, con el pretexto de que quería restaurar el obispado de Tuy. Como el conde de Tuy se negó, el rey marchó de improviso a la ciudad con un pequeño ejército, atacó por sorpresa al conde y lo hizo prisionero. Ahora el rey estaba reconstruyendo la catedral, para poner un nuevo obispo en la ciudad. Tenemos que evitar que nombre obispo de Tuy a uno de sus favoritos, sin nuestra aprobación. /.../ Ya ha sentado a uno de sus lameculos en la silla de Compostela. Y ha entregado a un segundo el obispado de Orense. Si lo hace también en Tuy, tenemos su aliento en la nuca. Y Tuy no es lo único que quiere. Me han informado de que también pretende restablecer la sede de Braga. Un murmullo surcó las hileras de hombres. Todos los presentes sabían lo que eso significaba»; p. 393.

Tras nueve años de prisión, Lope vuelve a Guarda y luego a Sevilla. Recupera a la concubina Nujun, que Ibn Ammar le había dado para apartarle de Karima, a ruegos de Yunus. Con ella vuelve a Guarda, escoltando a una princesa sevillana, hija de cristiana, dada en matrimonio al hijo del mismo conde de Guarda. Antes ha asistido al entierro de Yunus, convertido en un tumulto antisemita en el cual tuvo ocasión de proteger a Karima. Ésta y Zacarías se unen a la comitiva, huyendo de la ciudad hostil. Estando en Murcia, Ibn Ammar se entera de haber caído en desgracia y consigue huir.

La comitiva vuelve a pasar por Alcántara. «También conocía el puente que había dado nombre a la ciudad, el puente sobre el Tajo, que no aparecía ante los ojos hasta que no se había dejado atrás el último recodo del camino, y cuya sola visión le cortaba el aliento a cualquiera, por muchas veces que lo hubiese visto. *Quantaraf as-Sajf*, como era llamado en árabe: el puente de la Espada. El gran puente, una de las maravillas del mundo, como decía la gente». Aquí, la fuga preparada de un halcón, divide al grupo. En el puente, una banda ataca a la parte más numerosa del mismo. Entre los asesinados están Nujun y Zacarías. Lope recoge a Karima.

Ibn Ammar pasa por Toledo y se queda en Zaragoza, donde es bien recibido. Lope, ya en relaciones íntimas con Karima, entra al servicio del Cid. Toman Albesa. Después pasa al servicio de Ibn Ammar. Éste es encerrado en el castillo de Segura, adonde había ido a negociar de parte del soberano zaragozano.

Entre los hombres del grupo de Lope hay dos de los asesinos del puente de Alcántara. Lope los descubre por casualidad y se ve precisado a matarlos antes de hacerles hablar y poder descifrar el misterio del crimen. Hasta que descubre que otro de ellos era el propio capitán normando de su comitiva, Baudry Fiz Nicolás. Le mata, y a su mozo, que también había tomado parte. Antes de morir, el capitán revela a Karima el nombre de otro, un infanzón, Alvar. Éste vivía en Sepúlveda, donde era el brazo derecho del tenente, y por supuesto conocía a los demás, casi todos franceses.

En Sepúlveda, Lope reconoce al castellán de Guarda, que Karima también identifica como asesino, junto con su mozo, Gaspar Negro. Éste muere en una ordalía, acusado de violación. También el castellán, aunque de muerte natural. Antes dice a Lope que el asalto había sido ordenado por el condestable del conde Enrique de Borgoña. Karima, embarazada, sintiendo a Lope íntimamente lejos, y no sólo por la obsesión de la venganza, se va a vivir a Toledo, la ciudad a punto de caer en manos de Alfonso VI.

Ibn Ammar es entregado a al-Mutamid, que le encierra y le encadena horriblemente. «Un capote se deshilacha primero por los bordes, pero con la caída de

Toledo el capote de Andalucía se ha rasgado justo por el medio¹³», le comentó al khádir sevillano. Ibn Ammar siempre había visto en toda su crudeza el peligro almoravide, y se había opuesto a cualquier llamada al otro lado del Estrecho para salvar a Al Andalus. En su lugar había confiado en la fuerza de la unificación andaluza. Ahora se había llegado a la situación extrema.

Estando al servicio de Ibn Ammar Lope había conseguido hablar con el condestable francés. Éste le enteró de que las órdenes que había tenido para el asalto en el puente habían consistido en el secuestro de la novia, en cuanto la boda se había concertado sin la venia del rey y en detrimento de sus intereses. Pero que la matanza había sido iniciativa de los mercenarios de los castellanos, para ocultar la cuantía de la dote confiscada.

Al-Mutamid recibe a Ibn Ammar el mismo día en que a su vez ha iniciado los tratos con el embajador del africano Yusuf ibn Tashfin. «Hay que optar entre morir ahogados o morir quemados. Entre pastores de cerdos y arrieros de camellos. -El fuego se puede apagar con agua, y el agua se puede secar con fuego. Se puede amenazar a los pastores de cerdos con los arrieros de camellos y a los arrieros de camellos con los pastores de cerdos. -No es momento para juegos de palabras». Ibn Ammar le desaconseja la entrega de Algeciras, que era la primera condición almoravide. «¿No somos andaluces? ¿Acaso tenemos que escondernos de esos pastores de cerdos y esos arrieros de camellos? De nuestro lado están la experiencia, la inteligencia, la educación, los conocimientos. ¿No llevamos ventaja en todo a esos bárbaros españoles y esos nómadas del desierto?». Cuando es ejecutado, los almoravides ya habían puesto el primer pie en Algeciras. «La edad de oro de Andalucía encontró un abrupto final». Lope vuelve a vivir con Karima.

El autor termina con la visión de Toledo como una ínsula de mestizaje en la España tornada monolítica: «Gracias a su variopinta mezcla de habitantes españoles, andaluces y franceses, miembros de todas las religiones y conversos en todas las direcciones, en el siglo XII la del Tajo era la ciudad más viva de Europa y, junto con Palermo, el único lugar en el que había suficientes eruditos que, gracias a su conocimiento de idiomas y a su voluntad de recorrer el mundo, estaban en condiciones de revelar el amplio saber árabe a la sed de conocimientos europea.

¹³ «Hacia una semana el príncipe había viajado a Córdoba para recibir a una embajada del rey de León. Hasta entonces Ibn Ammar no había oído nada de aquel viaje ni de la embajada española, pero no tardó en comprender qué se estaba cociendo. El armisticio de cinco años entre Sevilla y León pactado por el propio Ibn Ammar estaba a punto de expirar. La conquista de Toledo había colocado al rey español en posición de plantear mayores exigencias que cinco años atrás, y al parecer había decidido aprovechar la ocasión antes de lo esperado»; p. 680.

En el año 1091, la viuda del príncipe asesinado en Córdoba, al-Fath, huyó a Toledo con su séquito, se convirtió en amante de don Alfonso, el rey de León, y le dio un hijo. Cien años después, en Toledo todavía era posible que un sucesor del rey, Alfonso VIII, mantuviera oficialmente en Galiana, un castillo situado a las puertas de la ciudad, a una amante judía: la famosa judía de Toledo».

SEPÚLVEDA

El capítulo desarrollado allí¹⁴ se fecha el día 31 de agosto de 1084, o sea ocho años después de la confirmación de su fuero por Alfonso VI.

A propósito de las posibilidades de promoción social que ofrecía la zona desertizada, el autor había escrito¹⁵, refiriéndose al llamado El Gallego, uno de los hombres del conde de Guarda: «Era un solitario, siempre había querido marcharse de Sabugal, irse a una de esas colonias del Este de las que tanto se hablaba, a Salamanca, a Ávila. Allí buscaban hombres que supieran manejar las armas y el caballo. Allí nadie preguntaba de dónde venía uno o quién era su padre. Allí cualquiera podía llegar a ser alguien». Y luego¹⁶ pone en boca del conde mismo: «Los territorios del Este, desde el Duero hasta el Sur, hasta Gredos, antes eran campos abiertos. Ahora los han acotado esos colonos. Empezaron a hacerlo ya en tiempos de mi abuelo. Entonces eran pocos. Hoy son tantos que hasta fundan ciudades. Y no están solos. Tras ellos hay grandes señores. El abad de Sahagún, el burgrave de Zamora y, primero de todos, el mismísimo rey, don Fernando, el maldito castellano».

De Sepúlveda dice: «Era una ciudad fronteriza. Durante siglos no fue más que un montón de ruinas habitadas únicamente por lechuzas, pero hacía unos decenios había sido recolonizada, y en los últimos años había crecido mucho». Hay que tener en cuenta que, como el montón de ruinas, dejando a salvo la exactitud de la expresión, no era sólo del lugar sino de la tierra, se nos impone la reducción correctora de la visión, la que va del despoblado a un territorio de densidad desertizante por una parte, y abierto por otra, a unas y otras gentes.

«Formándose varios barrios rigurosamente delimitados en los que los colonos se repartían no según su religión sino según su lugar de origen; castellanos, franceses, gallegos, serranos del norte de León, tanto si eran cristianos como judíos o

¹⁴ Pp. 664-676.

¹⁵ P. 70.

¹⁶ P. 89.

moros; muchos eran artesanos que trabajaban con los criadores de ganado de los alrededores». Esta visión nos recuerda el excesivo número de parroquias, quince, que la densidad de la población allí no justificó nunca, y que podría explicarse por la diferenciación originaria de los asentamientos de la primera hora.

Baer describe el mercado, el castillo que inexactamente sitúa en lo más alto de la población¹⁷, el barrio serrano¹⁸, la calle mayor¹⁹, el barrio y la taberna franceses²⁰, el suburbio extramuros, las visitas de los juglares²¹, y una ordalía. «El domingo empezaba el gran mercado de la ciudad, en el que los hombres vendían el botín acumulado durante el verano en sus cabalgadas a los territorios moros, al otro lado de la sierra: vestidos, enseres domésticos, joyas y tesoros de todo tipo y, sobre todo, prisioneros²². Cuando llegaron, el suburbio ya estaba lleno de comerciantes: judíos andaluces que intentaban vender algún prisionero antes aún de que se inaugurara el mercado, mercaderes franceses, peregrinos de paso a Compostela que querían

¹⁷ «El castillo se hallaba a medio construir. Sólo estaba techada la torre, que hacía las veces de vivienda, además de unos pocos establos y edificios administrativos que rodeaban el patio interior. Todo lo demás estaba en construcción. Los bastiones exteriores apenas empezaban a asomar sobre sus cimientos». Esta cronología no está fundamentada. Precisamente las murallas, como veremos, son los vestigios que guardan indescifrados los enigmas del pasado sepulvedano, entre ellos el estadio islámico.

¹⁸ «Encontraron un alojamiento adecuado en casa de un judío del Barrio Serrano, donde también pudieron cobijar a sus caballos. El Barrio Serrano tenía la ventaja de encontrarse fuera de la palizada que rodeaba la ciudad, de modo que, de ser necesario, podían marcharse también por la noche»; p. 666

¹⁹ En la que describe la carrera de cuatro ancianas, compitiendo por un cerdo donado por el tenente.

²⁰ «Pasaron las horas siguientes en una taberna del Barrio Francés, en la que todo el mundo parecía conocer al castellán, desde el tabernero hasta el último cliente. Mientras bebían unos vasos de vino, fuera se desató una tormenta. La lluvia era tan intensa que formaba goteras en el techo. El castellán bebía el vino sin diluir, mirando fijamente con ojos vacíos y sin decir una sola palabra».

²¹ «Más tarde, de noche, cuando el ambiente estaba ya muy animado, los dos juglares recitaron un par de buenos poemas y terminaron con una canción que todos les habían pedido desde el principio, pues hablaba de un caso real que había ocurrido en la región de Sepúlveda. Una canción por la cual eran célebres los dos juglares. Trataba de los siete hijos de un pequeño castellán, a quien una banda de cuatros moros robaron un rebaño de reses. /.../ Muchos de los hombres cantaron junto con los juglares, y cuando éstos llegaron a la parte en que el padre encontraba los cadáveres de sus hijos, no pocos se pusieron a sollozar, hasta que al final todo el salón se llenó de aplausos»; p. 667.

²² «Allí estaban esos dos judíos, que cabalgaban al frente del grupo. Dos compradores de prisioneros, que habían manumitido a diez y seis musulmanes en el mercado de Sepúlveda».

aprovechar la oportunidad para hacer una buena compra. Frente a la ciudad ya se habían montado las paradas del mercado; en los establos de alquiler ya no cabía un solo caballo, y las tabernas situadas fuera de las murallas estaban a rebosar.

Los personajes de la trama se toparon en el camino «a tres días de viaje de Sepúlveda, con un grupo de juglares que iban hacia el mismo lugar y se les unieron por lo que quedaba. En esas salvajes regiones del Norte de la sierra siempre era mejor viajar en compañía. El grupo estaba al mando de dos hombres de la edad de Lope, dos juglares de nombres rimbombantes que decían ser hijos póstumos de dos infanzones leoneses. Era imposible saber si esto era cierto o si sólo alardeaban, pero en cualquier caso llevaban armadura, montaban buenos caballos y, al parecer, también sabían manejar la espada y la lanza». Llegados ya, «nada más cruzar la puerta, los dos juglares corrieron hacia el patio entre gritos estridentes, como si pretendieran atacar el castillo. Rugían tan fuerte y blandían de tal forma las espadas que los albañiles, con un susto de muerte, huyeron en todas las direcciones. Sólo cuando la dueña bajó gritando de la parte superior de la torre, los juglares callaron, desmontaron, se dieron a conocer y rompieron en sonoras carcajadas. La dueña rió con ellos. Por lo visto los juglares habían adivinado sus gustos».

LOS SIGLOS DEL DESIERTO

Esta visión de Sepúlveda nos induce ante todo a reflexionar en torno a su larga historia en los siglos inmediatamente precedentes a su primera repoblación por el conde Fernán González, mejor sería precisar que la primera de la que tenemos constancia cronística.

Desde que Alejandro Herculano aludiera a la despoblación del valle del Duero²³, aunque ya Diego de Colmenares en el Seiscientos nos testimonia tuvo predecesores, pasando por la clamorosa disputa entre Menéndez Pidal y Sánchez-Albornoz, ha llovido mucho en la historiografía. Yo confieso que, cuando tuve noticia de esa tesis de la desertización, noté que se me iluminaba el paisaje histórico de esa mi tierra nativa, despejando incógnitas tan empecinadas como sordas. Pero andando los años, es la apertura a hipótesis un tanto novedosas, que los grandes maestros no tuvieron presentes, al menos explícitamente, la que a su vez se me antoja clarificadora y con una necesidad esencial.

²³ No vamos a aludir a la mayor extensión del fenómeno, de alguna manera una faja que iba de Oporto a Barcelona.

Ante todo, en las posturas tradicionales ya antañonas, habría sido necesario tener en cuenta la observación que por carta me hizo el ilustre José-María Lacarra. Si esos territorios eran desierto, no debemos olvidar que también el Sahara lo es y sin embargo existen los saharianos. Desierto no equivale a inhabitación sino a una manera determinada de la habitación.

Y no olvidemos que, en el caso de Sepúlveda, había habido ya una despoblación muy anterior, la que tuvo lugar, hasta el siglo IV, en los días romanos, aunque entonces el fenómeno se debió al desarrollo de la inmediata población de la actual aldea de Duratón, en la llanura²⁴. Pero coincidentes las dos situaciones en cuanto al problema de la subsistencia demográfica en la Sepúlveda.

Lo que cronísticamente nos consta es que a la despoblación de Sepúlveda coadyuvó, como a la de las demás poblaciones de la zona, el belicoso rey astur Alfonso I, *eremavit* que el texto de la *Crónica de Alfonso III* dice. Y desde entonces hasta la repoblación condal el año 940 hay dos siglos de vacío historiográfico que hemos de cuidarnos de llenar simplificadoramente, en cuanto ese vacío de nuestro conocimiento pudo en la realidad estar lleno de eventos de diversidad muy extensa e intensa. Siendo la primera tentación a evitar el menoscabo de la posible presencia islámica. Ante todo, es evidente la posibilidad al menos de que una antigua ciudad fortificada de valor estratégico se mantuviera como fortaleza militar al haberse despoblado la tierra en torno. Y esta es sólo una de las sugerencias de las distintas hipótesis de la presencia humana en el territorio desertizado. También cabe preguntarnos si esa presencia militar no pudo ir andando los largos tiempos acompañada de alguna tentativa de repoblación también.

Pero el silencio mismo requiere una explicación. Y nos parece que el proemio a cualquiera de las posibles sería no caer en el asombro. No sólo porque no nos han llegado todas las fuentes sino también porque no todas las fuentes que existieron se ocuparon de todas las cosas del mundo y los hombres de su área geográfica y temporal. Sabemos de grandes ciudades islámicas de las que no nos ha quedado ningún testimonio escrito. De ahí que se haya llegado a hablar de una discrepancia entre las fuentes históricas (*sic*) y las arqueológicas. Algo que sólo puede ser provisorio, hasta la armonización de unas y otras de ellas o la censura de las infieles, pues la realidad no fue ni pudo ser más que una.

Aunque la Edad Contemporánea es una etapa del pasado humano tan diferente de la Edad Media que hay que andarse con pies de plomo antes de sugerir

²⁴ El mismo fue el caso de la alemana Coblenza.

cualquier cotejo, yo recuerdo de algunas situaciones vividas en la postguerra civil, que me consta fueron de difusión bastante común, y que rarísimamente aparecen en la abundantísima bibliografía sobre la época. No creo prudente poner ejemplos. Pero de uno de ellos, yo mismo le tenía olvidado cuando me le trajo a colación una conversación con un hombre de mi edad. Los motivos para que las fuentes silencien ciertos ámbitos, si es que ello obedeció a un designio premeditado, sólo tangencialmente nos tocan. Tengamos en cuenta que la desertización y la vida de los territorios desertizados es poco evenemencial, por lo tanto en principio menos atractiva desde una óptica cronística.

En Sepúlveda el único vestigio testimonial de la presencia musulmana en esas centurias, aparte los ataques y en definitiva la conquista de Almanzor, es la arqueología de sus murallas y algunos topónimos de la tierra. Aguardamos la publicación más pormenorizada de sus investigaciones por Alonso Zamora Canellada, el arqueólogo director del Museo de Segovia. En esas murallas él ha visto por una parte elementos constructivos, y por otra maneras de disponer y articular los ladrillos, que además no se encuentran sólo en tal lugar, sino que se extienden de alguna manera de Turégano a Saldaña de Ayllón ya en el obispado de Sigüenza, pasando por Fuentidueña, Fresno de Cantespino y Ayllón. Pero lo más llamativo es la coincidencia de esos vestigios con la arquitectura islámica mucho más visible en Vélez Málaga. De la toponimia tenemos dos ejemplos muy a la vista, Boceguillas y Castillejo de Mesleón. Topónimos menores, como un paraje en El Olmillo, Val de Zulema, del que tenemos noticia por el Libro becerro de las parroquias sepulvedanas de San Sebastián y San Millán, no son inocuos²⁵.

Y pido la venia para consignar un dato acaso ejemplificador de las limitaciones del acervo testimonial conservado para el conocimiento del pasado²⁶. En Uzbequistán se cita a un viajero madrileño de la Baja Edad Media, Ruy González

²⁵ En cambio el pueblo de Castroserracín, inmediato a Castrojimeno y Castro de Fuentidueña, puede ser de la repoblación cristiana.

²⁶ En otro orden de cosas, algunos testimonios que nos han llegado, aislados pero que lo son de ciertas prácticas habituales, incluso de todo un estado de cosas común en ciertos ambientes, son lo bastante sorprendentes en su singularidad como para hacer que nos sintamos modestos en cuanto al grado de nuestro conocimiento de algo tan esencial, desde luego mucho más relevante que bastantes detalles superfluos de los que tenemos exceso de literatura. Y es que de lo cotidiano no se escribía en su momento. ¿Para qué destinatarios si era conocido de todos los posibles lectores? Cuando pasó, no es que se olvidara, sino que las generaciones siguientes a las últimas que lo habían vivido, no llegaron a tener su noticia. Las excepciones se deben a que alguien recogió, de propósito o al azar, una oralidad de última hora. Más raro fue que se consignara durante su vigencia pensando en la curiosidad de los venideros.

de Clavijo, hasta por los guías de turismo en excursiones corrientes. De no ser por las dos casualidades de su visita, y el libro que de ella escribió, las gentes de ese país no conocerían ciertos fragmentos de su propia historia.

Pero, estando cerca de Segovia, ¿qué mejor prueba de las limitaciones de los testimonios escritos conservados que su imponente acueducto, tan silencioso que llega al misterio, e hizo al marqués de Lozoya remitirse a la novela contemporánea y también un poco misteriosa de Ramón Gómez de la Serna, *El secreto del acueducto?*

Con esos pocos datos y esta reflexión me consideraré feliz si he atraído la atención hacia las posibilidades tan enjundiosas y densas que el desierto entre los dos territorios peninsulares ofrecía a las gentes del uno y el otro lado. Tan desbordantes que han escapado a las fuentes. Ello en la senda de los maestros que fueron, presentes su grandeza y sus debilidades, y alumbrada ella por las luces surgidas después.